



Autor: Nogales y Nogales, José

Título: Tradiciones de Aracena / José Nogales ; ilustraciones de J. Sánchezdalp y Marañón

Publicación: Aracena (Huelva) : Javier, Manuel y Miguel Sánchez-Dalp y Marañón, 1926 (Sevilla: Imprenta de la Casa de Velázquez)

Descripción: 78 p. : il. ; 17

Notas: Contiene: El Cristo de la plaza; La Julianita; Zulema

Materia: Nogales y Nogales, José | - Homenajes | Aracena (Huelva)

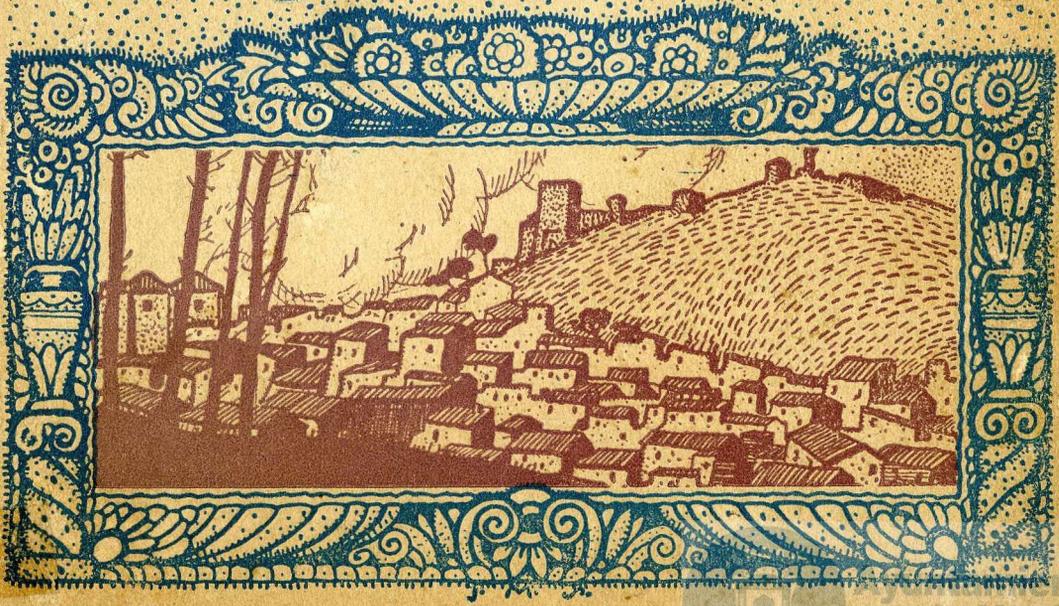
Autores 2°: Sánchez-Dalp y Marañón, Javier , il. | Sánchez-Dalp y Marañón [Hermanos] , ed.

Lugar: Aracena (Huelva)

Datos locales: 02623 FL H-AM/DDH

9

TRADICIONES DE ARACENA POR JOSE NOGALES



9

JOSÉ NOGALES

TRADICIONES DE ARACENA

EL CRISTO DE LA PLAZA

LA JULIANITA

ZULÉMA

ILUSTRACIONES DE J. SÁNCHEZDALP Y MARAÑÓN



SEVILLA : ARACENA

IMPRENTA DE LA "CASA VELAZQUEZ"

1926



Ayuntamiento
de Huelva

Archivo Municipal

Esta edición de las TRADICIONES DE ARACENA ha sido hecha con autorización de la señora viuda e hijos del autor.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.



**Ayuntamiento
de Huelva**

Archivo Municipal

HOMENAJE



**Ayuntamiento
de Huelva**

Archivo Municipal

A LA MEMORIA
DEL INSIGNE ESCRITOR ARACENÉS
JOSÉ NOGALES

POR LA AMISTAD QUE LE UNIÓ
A NUESTRO PADRE Y POR LA AD-
MIRACIÓN QUE SENTIMOS HACIA
SU OBRA LITERARIA.

JAVIER, MANUEL Y MIGUEL
SÁNCHEZ-DALP Y MARAÑÓN



**Ayuntamiento
de Huelva**

Archivo Municipal

PRÓLOGO



**Ayuntamiento
de Huelva**

Archivo Municipal

*U*N día en que el maestro José Nogales recordaba con alborozada fruición en Sevilla, reunido con su familia y algunos paisanos, las cosas típicas de Aracena, resolvió elaborar por sí mismo unas morcillas de sangre para rememorar las ceremonias singulares de los días de matanza en las casas serranas.

Sus hermanas, solícitas, trajeron sangre de un cerdo recién sacrificado, y Nogales realizó con solemnidad la operación guisandera: se remangó previamente, colocóse por delantal un pulcro cernadero; se santiguó, para lograr buen éxito, al modo de las viejas gandingueras de la Sierra; picó cebolla, yerbabuena, perejil, orégano y tocino entreverado, y, revolviéndolo todo con la sangre cuajada al frío, obtuvo la miga sazónada que embutió en trozos de tripa, obteniendo, por fin, hasta una docena de morcillas remondonas que



salieron de sus hábiles manos diciendo con prisa: «¡Comedme!».

Se les dió gusto a las morcillas... Nogales, antes de probarlas, dijo con gravedad lo siguiente: «Si yo me muero de este atracón que pienso darme, que me amortajen con el hábito de la Vera-Cruz y que trasladen mis restos, cuando sea tiempo, a la iglesia del Castillo de Aracena, nuestro pueblo.»

No le sucedió nada grave con el atracón que, efectivamente, se dió. Vivió mucho tiempo después, y de vez en cuando recordaba su propósito de repetir la hazaña de las morcillas, por el placer de recordar los días de juventud en la casa familiar del pueblo, de su pueblo...

Pero... José Nogales no nació en Aracena. Sin embargo, mientras en Madrid ponían sobre la fachada de la casa número cuarenta del Paseo de Santa Engracia una lápida, labrada por Benlliure, indicadora del lugar donde murió el insigne escritor, en Aracena mandó fijar el Ayuntamiento sobre los muros de la casa números treinta y ocho y cuarenta



de gobierno de la antigua calle de la Gloria, después Ortega y hoy José Nogales, una sencilla piedra epigráfica recordando que bajo aquellos techos se cobijaron los ensueños de niño y las ilusiones de joven del inolvidable autor de «Las tres cosas del tío Juan». Aracena se asoció de ese modo al homenaje póstumo que Madrid dedicó a quien artizara, recogién-dolas en ejemplares narraciones, las bellísimas leyendas populares araceneras «El Cristo de la Plaza», «La Julianita» y «Zulema».

Aracena, en efecto, no puede afirmar que Nogales naciese en su seno. Pero no importa esto para llamarle hijo suyo. Madre fué de sus mayores desde la más remota profundidad familiar; mi pueblo le llamó siempre él mismo con ternura amorosa al hablar o al escribir de Aracena; de su pueblo son los héroes del famoso cuento y serrano el recio latido moral de esta joya literaria.

Nogales nació en Valverde del Camino, en 1856, durante la permanencia accidental de sus padres en aquella población andevalleña. Don Manuel Nogales, de Aracena, escribano



público, ejerció allí algún tiempo su profesión, y llevándose consigo a la esposa, doña Rosario Nogales, también de Aracena, quiso la Providencia que el hijo de ambos, destinado a ilustrar con su ingenio las letras patrias, naciese un poco distante de la vieja cuna de los Nogales, que meció varias generaciones de Nogales, bajo el techo de la vieja casona conocida por la del Cristo del Farol, en la antigua calle de la Gloria.

Don Manuel y doña Rosario regresaron pronto a Aracena, trayendo consigo al tierno vástago para ofrecérselo, siguiendo la tradición familiar, al Cristo que estaba a la pública devoción en un nicho abierto en el muro de fachada de la casa solariega.

En la actualidad, la casa no se encuentra como José Nogales la habitó de niño. Cuando Nogales contaba diez y nueve años, el padre adquirió otra casita contigua y, derribando la suya y la recién adquirida, edificó la que existe hoy señalada con los números treinta y ocho y cuarenta, dando esquina a la calleja del Vicario y teniendo a sus espaldas la tahona



que aun explota un Nogales, nieto del antiguo escribano público.

El Cristo del Farol fué colocado en el zaguán de la nueva casa, donde aun se conserva, así como una lápida de principios del siglo XVII, puesta al pie del borroso lienzo, en la que se lee lo siguiente:

«El Eminentísimo Cardenal De Borja concedió cien días de indulgencia a todas las personas que con devoción rezaren un credo delante de esta santa imagen de Cristo Nuestro Señor atado a la columna.»

La familia Nogales tenía, además de esta propiedad urbana, dos fincas rústicas en el término de Aracena: La Parrala, una viña en el camino de Cortelazor, y una huerta en las inmediaciones de la Fuente del Rey, pintoresco lugar cercano a la ciudad. José Nogales solía ir con sus hermanos, acompañados del viejo David, bondadoso sirviente de la casa, a esta huerta en la que el inolvidable escritor tenía puestas las ilusiones de su futuro sosiego; cuando la suerte le permitiera gozar de la propicia calma feliz, después de logrado el



bienestar material con que soñaba como recompensa a sus esfuerzos.

Entre la ciudad y la huerta—y todas las huertas de la cañada pródida de la Fuente del Rey—se alza un templetillo blanco, coronado por una singular madroñera, dedicado a la Virgen del Carmen... Es una hornacina, con un azulejo ingenuo de los alfares trianeros, representando a Nuestra Señora, pequeña imagen a la que dieron los hortelanos el nominativo familiar de «la Señorita», acaso por su diminuta apariencia o por la tendencia andaluza de expresar el máximo cariño con tiernos diminutivos. El aceite del farolillo colocado allí, lo suministran los hortelanos, y el que de ellos pase por junto al templetillo cuando ha salido en el cielo el primer lucero del atardecer, cumple el deber de reponer aceite, vertiendo el que reste en sus lleveros de cuerno, y despabilar la torcida de la candileja y encenderla por la fe tradicional para guía de los caminantes en el paso difícil del sendero. Nogales, regresando de su huerta por las tardes, encendía muchas veces esta luz y se complacía en contemplar el azulejo iluminado con



resplandores gloriosos, mientras en el espacio azul infinito se encendían las estrellas.

Los héroes del cuento ejemplar eran araceneses. Muy cerca de la casa de Nogales vivió tío Juan el de las tres cosas... Vivió realmente, aunque con otro nombre... Tío Juan y los demás personajes eran araceneses y serranos desde la coronilla a los talones: Nogales los conoció a todos y les dedicó sus más exquisitas devociones de artista y sus más sutiles observaciones de psicólogo para dejarlos en el mundo con alientos de vida inmortal.

La raza de los Plantaos perdura aun, sosteniendo el ejemplo perenne de la hombría de bien serrana, a través del tiempo. El propio José Nogales fué un Plantao de la literatura, que con pluma franca y corazón entero renovó la reciedumbre clásica del estilo y avivó la fragancia espiritual del arte español.

Queda, pues, dicho, cómo no siendo de Aracena José Nogales, fué de su pueblo mientras vivió. Y, en la muerte, quería seguir siéndolo, pidiendo para sus restos mortales,



amortajados con la túnica de la Vera-Cruz, un yacigo acogedor en el viejo templo monumental de los Templarios, de Aracena: en la iglesia del Castillo, al pie de la serranísima Virgen del Mayor Dolor, la Patrona.

§

En la solemne velada conmemorativa que se celebró en la Sala Capitular del Ayuntamiento de Aracena el día tres de febrero de mil novecientos veintiséis, Fiesta del Patrón San Blas, después de descubierto, con asistencia de las autoridades y el pueblo en masa, el mármol colocado en la casa de los Nogales, los hermanos Javier, Manuel y Miguel Sánchez-Dalp y Marañón ofrecieron hacer a sus expensas esta edición



de las TRADICIONES DE ARACENA, destinando el producto de su venta a una obra de cultura en memoria del insigne José Nogales.

Los hermanos Sánchez-Dalp y Marañón siguen con este delicado rasgo, digno de las mayores alabanzas, el ejemplo perseverante de su ilustre progenitor el Excelentísimo Señor Marqués de Aracena, cuyo nombre preclaro va unido a todas las empresas morales y materiales de la Ciudad.



EL CRISTO DE LA PLAZA



**Ayuntamiento
de Huelva**

Archivo Municipal

LA hermosa iglesia parroquial de Aracena, dispuesta al culto, iba a ser solemnemente consagrada. Las obras habíanlas felizmente consumado los encargados de la construcción y del adorno, y entre el clero regular y parroquial, el consejo y corregimiento, la nobleza y el pueblo todo, habíanse concertado las mayores fiestas, así religiosas como populares, en celebración del fausto suceso de que mucho tiempo atrás se venían todos los vecinos cristianos viejos ocupando.

Cierto que para rendir un tributo a la impaciencia pública, amén de rendir otro, y muy forzoso, a la escasez de dinero, la construcción de la iglesia había sufrido un corte por lo sano, quedándose en los cimientos una buena parte de la obra, quizá la principal y más notable, y así, con el carácter de provisional, como ahora se dice,





1. Sanchez de La Haza 1891

de Huelva

Archivo Municipal

sin las naves últimas levantadas, sin varias capillas y almace-
nes y hasta sin torre, la iglesia iba a ser consagrada al culto de
Dios, esperando tiempos mejores y generaciones más solícitas
y dadivosas para que el proyecto arquitectónico se realizase
por completo.

Y como los tiempos ni las generaciones han dado de sí
cosa alguna favorable a aquel religioso asunto, la *capitis dimi-
nutio* que sufrió el proyecto continúa y sabe Dios si continuará,
como es lo más probable, hasta que se confundan entre el polvo
de la ruina los escombros de la parte edificada, con los cimien-
tos de la que no se edificó.

Ello es, que, salvo las faltas dichas, la iglesia aparecía
limpia y brillante como un ascua de oro, con sus esbeltas co-
lumnas de pulidos sillares, sus bóvedas estrelladas como un
cielo de estío, sus grandes ventanas por las que entraba el sol
en anchos haces de rayos para jugar en los remates dorados
de los retablos, en las aristas de la marmórea escalinata pres-
biterial, en el enrejado de los púlpitos, en la trompetería del
órgano, grande y sonoro abanico de brillante estaño para



lanzar la lluvia de notas que dan realce y majestad a las ceremonias solemnísimas del culto.

Como las cosas se habían precipitado hasta el punto de aparejar una consagración de poco más de media iglesia, que es lo que en realidad habían edificado, se echaban de menos muchas cosas y entre ellas buenas imágenes.

La devoción y la piedad retenían muchas en sus respectivos altares en todas las iglesias conventuales, ermitas y oratorios de aquella jurisdicción canónica; por otra parte, lo accidentado y abrupto del país, la falta de caminos y de medios de conducción rápida, impedían a una satisfacer los piadosos deseos de aquellos vecinos, consistentes en colocar sobre el mejor altar de la nueva iglesia un buen Cristo, un Cristo grande a quien rendir extraordinario y ferviente culto, seguros de que por su amor y por su fe llegaría a hacer milagros.

—¡Si tuviéramos un Cristo! ¡Qué falta nos hace un Cristo!
—se decían unos a otros.

Pero, puesto que no lo había y los Padres Dominicos no daban el suyo ni por todo el dinero del mundo, llegada que fué



la víspera de la consagración, los vecinos se conformaron y se previnieron a gozar de los festejos que la villa pagaba con desusada esplendidez.

Aquella noche bailaban los grupos ante la colosal hoguera de la plaza, y las sombras de los bailadores danzaban también como fantasmas locos sobre el muro, rojizamente iluminado, de la nueva iglesia.

En el instante en que a mayor extremo llegaba el regocijo, se presentaron en la plaza y en demanda de los señores Justicias y Regidores, dos mancebos de hermoso aunque extraño porte, que consiguieron producir una impetuosa curiosidad entre las masas del pueblo que esparcían sus ánimos al son del atambor y ante la inmensa hoguera que lanzaba tremendas llamas y trémulas chispas al espacio.

Los dos jóvenes serían de la misma edad y sus rostros acusaban un mismo origen, por lo extremado de su semejanza. Vestían a modo de peregrinos, pero con un ropaje nunca visto, de una forma jamás conocida. El ala del ancho sombrero se recogía en la frente con algo que parecía una chispa de luz



celeste y los rizos abundantes y flexibles de sus cabelleras rubias, caían sobre los hombros ondeando como madejas de rica seda elaborada por las manos finísimas del gnomo. Una blancura transparente, como de alabastro, tenían sus rostros, de corrección suprema, y ambos miraban con unos ojos grandes y azules que parecían dos pedacitos de cielo primaveral enclavados en el fondo de un témpano de inmaculada nieve.

Llevaban sobre los hombros unas a modo de aliculas flotantes en el aire y sostenían sus manos el báculo del peregrino, largo y nudoso como el dolor humano, fuerte como la fe y perdurable como la esperanza.

La multitud les acompañó a la casa del Concejo, no siendo las mujeres las últimas que se acercaban para inquirir la extraordinaria e incomparable hermosura de aquellos manebos tan esquivos, que ni una mirada de amor, ni un gesto de simpatía, ni una palabra de deseo les dirigían en su marcha silenciosa.

El pueblo no pudo penetrar en la Sala del Cabildo. Sólo los señores Justicias, Regidores, oficiales y escribanos, a más



del señor Alférez del Duque, pudieron escuchar las razones de los dos mancebos.

Pronto se supo, pues las noticias vuelan y han volado en todos los tiempos, que eran dos peregrinos desviados de su ruta por el deseo de asistir al día siguiente a la consagración de la nueva iglesia. Que impidiéndole su voto hospedarse en conventos, mesones y aun viviendas habitadas por particulares familias, habían solicitado, y el Cabildo concedídoles, para su estancia, la casa perpetuamente deshabitada, sita en la plaza y a espaldas del edificio concejil, conocida por más de tres generaciones con el sombrío nombre de «la casa de los duendes».

No les arredraron a los dos mancebos ni el nombre ni la casa; antes bien: agradecieron la hospitalidad con expresivas muestras y con cariñosas palabras.

Cuando la vieja puerta de la casa giró rechinando tras de los jóvenes y hermosos peregrinos y éstos se hundieron sonrientes y tranquilos en las sombras profundas y húmedas de aquel lugar maldito, muchos corazones temblaron y en muchos



ojos femeninos brotó una lágrima de piedad, testimonio patente de su angustia.

No se resolvió el pueblo a abandonar, así como quiera, a los que suponía inocentes víctimas de los diabólicos duendes habitadores de aquel recinto, y, aunque guardando respetuosa distancia con el edificio temible, observó, escuchó y olfateó, seguro de la catástrofe.

En cincuenta años lo menos sólo dos personas hicieron noche en aquella casa: un director de farándula, que vino a ajustar con el Cabildo las fiestas del Corpus, y una mendiga vieja y leprosa.

El comediante se ahorcó de una encina y la mendiga amaneció muerta a la mañana siguiente.

Dicen que el suicida murió por la desesperación, y la mendiga por el hambre y la lepra.

Pero no hay duda de que los duendes tuvieron su parte, y no muy floja, en el asunto.

Ya muchos se retiraban a sus casas, pues que la ronda no tardaría en salir por las calles. La hoguera se había extinguido,



no quedando de ella más que un gran redondel de ascuas que brillaban en la oscuridad como piedras preciosas, y al bullicio y algazara había sucedido el silencio de las villas medianamente gobernadas.

Aun quedaban algunos zagueros frente a la casa maldita y éstos fueron los que notaron un resplandor extraño que pasaba por las grietas y rendijas de las ventanas y de la puerta, desde el interior del antro a la calle silenciosa.

Todos se estremecieron; aquella luz azulada y suave indicaba algún misterio. El renombre fatal de la vivienda aumentaba el terror en los ánimos y como el miedo también tiene alas, pronto dió con la ronda y la atrajo hacia la plaza.

El alcalde ordinario que velaba aquella noche por el pueblo se adelantó, como un héroe, hasta la puerta misma de la casa de los duendes.

Jamás se había visto tanto valor en un hombre.

Con la vara, virolada de plata, dió tres varios y sonoros golpes, y como nadie respondiese, gritó:

—Mancebos, ¿qué hacéis?



—¡Oramos!—le contestó una voz dulcísima y armoniosa y reposada.

—¿No teméis?

—¡El Señor es con nosotros!

—El os guarde y os libre de todo mal, como a nosotros todos.

—¡Así sea!

Y la ronda siguió su camino, admirada del mucho pecho que demostró el alcalde.

A poco después no era la luz lo que llamaba la atención únicamente: eran unos golpes fuertes, como si chocaran dos cuerpos duros, y rechinamientos y roces que claramente se oían en toda la plaza.

—¡Ellos son! ¡Los duendes!

—¡Ave María Purísima! ¡Están atormentando a los mancebos!

—Pronto, id al convento por agua bendita..., avisad al Padre Tomás, el exorcista..., bien lo temíamos. ¡Tan hermosos y morirán mañana!



—O esta noche, ¿quién lo sabe?

Todo esto se decían los curiosos de más valor que habían quedado en la plaza y había muchos que se persignaban y otros que sacaban *lignum crucis* y escapularios distintos.

Cuando regresó el alcalde con su ronda y escuchó los golpes, desmayó y aflojó un punto su bravura; pero repuesto al fin de su debilidad primera, afrontó el peligro y, como antes, llegó a la puerta y con puño fuerte llamó una vez y aguardó un instante. Tampoco le contestaron y volvió a gritar:

—Mancebos, ¿qué hacéis?

—¡Trabajamos!

—Dios hizo el día para el trabajo, y para el descanso la noche.

—¡Dios no conoce la noche!

—Pero vosotros sois hombres.

—Y Dios nos manda trabajar.

—Pues yo, en nombre del Rey, os mando que no sigáis; ¡bueno será el trabajo cuando se huye del sol y se buscan las sombras y los duendes! Mañana daréis cuenta de vuestra obra.



—Es verdad: ¡daremos cuenta!

Y dejando dos guardias de vista frente a la casa y repartiendo entre los últimos curiosos algún que otro zurriagazo, que los hizo buscar la cama más que de prisa, el alcalde se fué a la suya como hombre que nada tiene ya que hacer y que sabe de memoria el profundo dicho bíblico: «¡Bástale al día con su afán!»



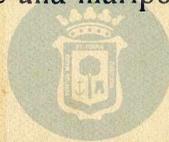
LA claridad del alba tiñó con fajas purpúreas y ráfagas blancas la extensión oriental del cielo y ganando poco a poco la bóveda azul, vertió en magníficas oleadas la luz crepuscular que envolvió, eclipsándola, la luz ya mortecina de los astros.

Los pájaros sacudieron sus plumas mojadas por el rocío y echándose a volar parecían bañarse en los átomos luminosos que incendiaban la atmósfera en el creciente flujo de los solares rayos.

Los pájaros son mariposas que cantan: como las mariposas, tienen alas de colores y adoran la luz.

No se conciben el aire sin pájaros, ni las flores sin mariposas.

El aire que cruza volando un pajarito es algo que vive y que sonríe y que canta. La flor que sostiene una mariposa tiene



dos pétalos más: las alas esplendorosas que se agitan sobre su cáliz.

El mundo salía de las sombras y en las frescuras luminosas de la mañana todo parecía revivir. Las campanas de todas las iglesias comenzaban con sus alegres repiques la anunciada fiesta. Las gentes aparecían engalanadas con los mejores trapos y acudían en interminable desfile a oír las primeras misas en los conventos.

El clásico tamboril y la dulzaina desde bien tempranito despertaron a los perezosos. Era preciso que todo el mundo viese lo que sólo una vez cada tres siglos se puede, a veces, contemplar.

Ya los Regidores y las comisiones se hallaban en la Plaza. Los guardias que estableció el heroico alcalde frente a la casa de los misterios, aun continuaban firmes en su puesto.

Era preciso despertar a los mancebos durmientes, y a eso fueron, y más que por eso por mundana curiosidad, las autoridades, resguardadas por un piquete de alguaciles y voluntarios vecinos con armas y con sigilo y hasta con recelo y temores, por cierto bien fundados.



Llamaron a la puerta viejísima de aquella casa y la puerta se abrió como si los esperase.

Hubo dudas y vacilaciones y hasta conatos de discusión, que es muy antiguo entre nosotros el achaque parlamentario; pero al fin dominó la idea de la entrada y, aunque alguien se santiguó en los umbrales, todos se hicieron de tripas corazón y avanzaron hacia el interior de la casa.

Los mancebos no estaban ya en ella y, sin embargo, los guardias juraban por Dios, uno y trino, que no habían salido en el tiempo de su centinela.

Cuando en la búsqueda pasaron por delante de la puerta de la última habitación, vieron una luz singular en ella y con gran brío y denuedo entraron los que pudieron haber.

Lo que se ofreció a su vista los hizo enmudecer de espanto y de respeto.

Sobre unos amplísimos paños rojos, tendido y con la cabeza algo más levantada que el cuerpo, yacía enclavado en una cruz de madera negra un Cristo de tamaño natural y de incomparable hermosura.



Habíase escogido para representarle el momento sublime de la expiración y aquellos pies cárdenos y rígidos, aquel torso levantado por los estertores de la feroz agonía, aquellos músculos torcidos por el dolor y aquellos huesos salientes con el relieve cadavérico del martirio consumado; aquellos brazos tendidos, como las alas desplegadas de los ángeles; aquella frente pálida, coronada de espinas y de gotas de sangre; aquellos ojos sin brillo, convertidos hacia el cielo; aquellos labios descoloridos, entre los que aun flotaba el «¡Consumatum est!»; aquella cabellera negra, pegada a las sienes por los últimos sudores de la muerte y de la angustia; aquella barba semítica, entre cuyos hilos se detuvieron y cuajaron los hilos de sangre que corrían por sus mejillas; aquella real idealidad que flotaba como atmósfera propia sobre el Cristo, denunciaban el origen divino de la escultura, demostraban el mérito del regalo que hacían los ángeles a la nueva iglesia.



Porque ángeles eran los escultores que en una noche habían realizado la sublime obra.

Y para que no hubiere duda, habían dejado en la escultura su firma: la estrella azul que como joyel lucían recogiendo las alas de sus sombreros. Esa estrellita flotaba sobre las espinas de la corona del Mártir y ya nunca jamás se ha separado.

Muchos, no todos, la ven cuando la santa imagen se descubre.

«El Cristo de la Plaza» recibió como santas primicias la oración de los que le descubrieron.

El alcalde ordinario, que había osado amenazar a los ángeles en nombre del rey, cayó de rodillas, llorando ante la imagen, y estaba a punto de exclamar como Isaías: «¡Ay de mí, que soy muerto!, que siendo hombre inmundo de labios y habitando en medio de pueblos que tienen labios inmundos, han visto mis ojos al Señor Dios de los ejércitos.»

La imagen fué colocada en el mejor altar y, para hacer aquel sitio más augusto, en él colocaron el Sagrario.



Día y noche, ante aquel retablo dorado, arde una gran lámpara que jamás se apaga. Y si alguna vez su luz llega a extinguirse, la estrellita azul que flota sobre las espinas de la corona del Cristo, salta desde el camarín a la lámpara y su resplandor sigue iluminando tranquila y silenciosamente el tabernáculo donde recibe culto ferviente el milagroso «Cristo de la Plaza».



LA JULIANITA



**Ayuntamiento
de Huelva**

Archivo Municipal

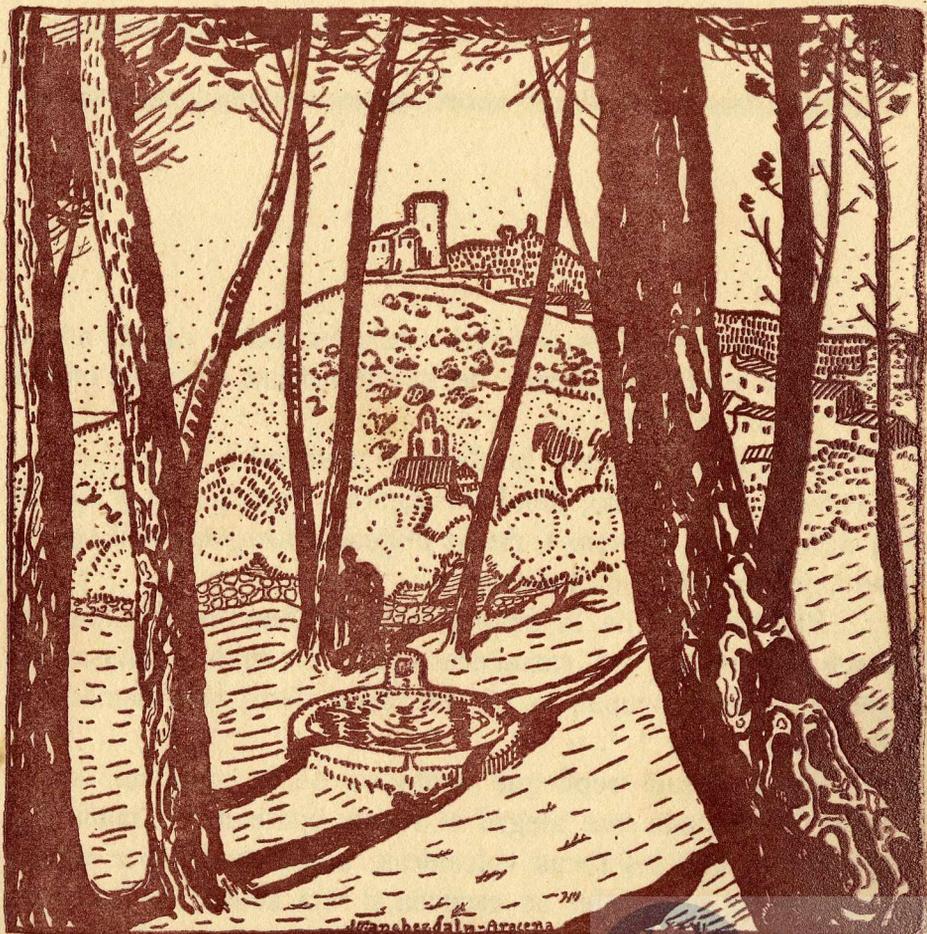
ES un hermoso sitio aquel medio escondido en un ancho y profundo pliegue de la extensísima falda del monte San Ginés.

La ladera desciende bordada de matorrales, pinos, olivos y vides, hasta el llano, donde las huertas verdegean y donde el agua de las albercas y de las angostas acequias brilla como las lunas azogadas de los espejos.

El otro lado de la amplia falda del San Ginés ostenta el sombrío tono de los castañares, que, en grandes masas de verdor oscuro, ocupan la extensión de tierra roja llamada la Dehesa.

Desde aquel repliegue suntuoso de la montaña, en la breve hondonada que alegra el rumor continuo del manantial que brota bajo las rocas volcánicas, amontonadas por alguna prehistórica catástrofe, se escucha el roce sonoro de las copas





Mancha del Arca



Ayuntamiento
de Huelva

Archivo Municipal

de los pinos, el ruido de los castaños que el viento sacude; se contempla la cúspide del castillo, coronada por las ruinas moriscas y por la iglesia mozárabe, empenachadas de higueros silvestres y de acebuches; las casillas blancas de los barrios altos y las columnas de humo azul que suben del pueblo y se juntan en la atmósfera fría, así como los lejanos encinares y las enriscadas sierras cubiertas de jarales y madoñeras, que en progresión formidable avanzan hasta el límite lejano y brumoso del horizonte.

Tiene el sitio aquel una hermosura triste: acaso las sombras del monte, interpuesto gran parte del día entre el sol y la hondonada, mantienen en ella aquella luz de eterno crepúsculo y conservan aquella humedad caprichosa y fresca, que ora se convierte en gotas de rocío sobre las hojas verdes, ora se condensa en trémulos cendales de sutiles neblinas, que ondean en aquel ambiente cargado de acres aromas resinosos y de fuertes perfumes de las silvestres hierbas.

Sobre aquel paisaje solitario y triste y sobre aquel



manantial murmurador y frío, flotan, a más de la neblina vaporosa, las informes neblinas de la tradición y la leyenda.

La tradición tiene la sencillez clásica y la sana poesía del pueblo.

Es imposible que al escribirla conserve el rústico sabor y el olor encantadoramente bravío de las flores del campo.



CAMINA a mujeriegas sobre su burra parda y entre costales de trigo la gentil molinerita. Va hacia el molino, cantando, más alegre que unas pascuas y más hermosa que los floridos prados.

Quince años cumplirá en agosto, que ella nació cuando las espigas rubias dieron su grano en las parvas, y más de una vez formaron su cuna con gavillas y con pámpanos y la mulleron con paja fresca y la perfumaron con mastranzos y con tomillos.

Es la Julianita la mejor flor de los campos. Algo morena, como todo el que no teme al aire bravo de la montaña y al sol espléndido del mediodía; pero es la piel de su rostro suave y sonrosada y de tal modo fresca, que, a veces, cuando sube saltando como las cabras la cuesta del molino, parecen sus mejillas dos hojas de amapola y sus labios dos cerezas mojadas por el rocío.



Tiene una frente tan pura y unos ojos pardos tan grandes y tan alegres, que con ellos se ríe más que con la boca, tal vez por no enseñar los limpios y menudos e iguales dientes, que de nácar más que de hueso son, según su blancura, su brillo y pulimento.

Y hay en sus hombros y en sus senos unas redondeces y unas turgencias tan en sazón y tan provocativas, y en sus caderas una curvas tan amplias y tan esculturales, y en sus brazos mórbidos unas roscas como de torno de marfil, y en su cuerpo una flexibilidad felina y una ligereza y un donaire, y en sus palabras una miel aun no extraída de los cálices, y en toda ella un aroma de salud, de lozanía y de virginidad, como en la fruta no desprovista aun de la casta película que la envuelve, que no es extraño, sino muy natural, que a la Julianita la persiguieran los mozos requiriéndola de amores con honestos fines y que fueran a solicitarla, para sus hijos, varios honrados y viejos labradores del contorno.

Julianita recibía las ofertas riéndose a más no poder, y, con tan poca seriedad, convencía a sus padres de que era una chi-



cuela, que aun no servía para otra cosa que para correr por los vericuetos como las cabras monteses, llenarse de harina en el molino e irse a sacudir y espolvorear al sol, como las gallinas y las perdices, y formar cestillas de hierbas y de flores, como los nidos de la oropéndola, para colgarlas de los castaños o arrojarlas a la corriente que se hundía en el gran cubo de piedra para mover la tosca maquinaria de la aceña.

Julianita no hacía caso de los mozos que la querían y, sin embargo, ella quería a alguien sin conocerlo.

¡Cosas de muchachas!

A veces, hay una exuberancia tal de ternura, que rompe por malos caminos y se quiebra en fantasías.

Hay un gran escritor que dice que «El Cantar de los Cantares» es una explosión de la castidad comprimida.

Aquel idilio es sublime.

El amor de Julianita era una explosión extraña del sentimiento.

Su madre le había dicho: «No pases sola por la hondonada sombría de la falda del monte San Ginés, porque hay en aquel



manantial un duendecillo tan malo, que persigue a las muchachas ofreciéndoles tesoros y cariños, que dan a la infeliz que los acepta la condenación de su alma por toda una eternidad.»

Y desde que tales prevenciones se le hicieron, Julianita no piensa más que en el duendecillo del manantial y en los amores que a las muchachas ofrece.

Ya ha pasado muchas veces por aquel sitio y ha clavado sus miradas en aquel agua que se escapa entre los riscos, riéndose con notas cristalinas, y aunque al mirarse en la breve onda se encontraba hermosa, el duendecillo no se había presentado, sin duda despreciando lo que tantos otros, que no son duendes, a todas horas y con tales ansias codiciaban.

Y así, entre temores y deseos, entre angustias y esperanzas, Julianita, cada vez más enamorada de aquel duende, en quien suponía perfecciones que no encontraba en los demás que le salían al paso ofreciéndole realidades, iba formándose un carácter libre y raro, aficionándose a lo sobrenatural, en aquella atmósfera espléndida y religiosamente grande de los campos.



SOBRE su burra parda camina Julianita; va hacia el molino y pasa por la hondonada prohibida.

Ya el sol se ocultó tras de la cumbre del monte; la sombra cayó sobre el manantial, cubierto de berros verdes y brillantes como laminillas de esmeralda; los pinos murmuran un cántico monótono y triste al rozar el viento sus copas frondosísimas; el agua corre con relampagueo de sierpe y sobre los zarzales en flor se desgarran las puras y azuladas neblinas de la tarde. Allá a lo lejos, los encinares se incendian con reflejos purpúreos, y los trigos verdes ondean con el oleaje rumoroso que las brisas de la montaña imprimen. Cantan las codornices, llamándose en los ardores de su celo, y las tórtolas del matorral confunden su arrullo, tierno y apasionado, con el bullanguero y estridente canto de los grillos.



Todas las hierbas y todas las flores lanzan al aire sus más puros aromas, y en el fresco ambiente primaveral y vespertino se juntan los efluvios de la universal eflorescencia y el polen fecundante de todas las plantas. Ese aire, preñado de tantos gérmenes, lleva la vida a todos los lugares y a todos los organismos; hay plétora de vida y abundancia de savia.

Julianita jugaba con un ramo de flores, recién hecho, cuando llegó al manantial.

Había cogido puñados de amapolas, de lirios silvestres, de margaritas blancas, de campánulas azules, de mardreselvas y de romero, y, atándolos con un junco, lo llevaba en sus manos como si tuviese un novio a quien ofrecérselo.

Miraba el agua correr y los berros temblar en el fondo de aquel pocillo, abstraída y como sonámbula. A veces, suspiraba como la tórtola en el éxtasis de su extraño celo.

De pronto, se enturbió un poco el agua y se agitaron los berros, y una cabecita rubia y un rostro encantador asomaron entre la diminuta espesura de las acuáticas plantas.



—No temas, Julianita; soy el duende, ¡el duende que te adora!

Julianita sintió súbito espanto, que se desvaneció enseguida.

Enseguida que contempló la tímida expresión de aquellos ojos celestes que la miraban extasiados.

—Yo soy el duende que habita en los palacios subterráneos que cubre esta montaña. Este manantial es una de las fuentes de mi espléndida vivienda. El agua que corre hasta tu molino la mando yo; sale también de mis palacios. En ella me deslizo por las noches, y girando en el cubo del molino y columpiándome en la rueda, entono esos cánticos suavísimos de amor que tú, sin entenderlos, presencias. Yo he sorprendido en tus sueños el amor que por mí sientes y recogía, como ofrendas de él, las flores que tú arrojabas a la límpida corriente, ignorando que hasta mí llegaban. ¡Ven y no temas! Mira: mi cuerpo es pequeñito, pero mi amor es eterno. Y, si quieres, también puedo crecer cuando lo desee, así, así, sin perder un átomo de mi forma ni un ápice de mi belleza.



Y Julianita se encontró al lado de un hermosísimo mancebo rubio, de ojos celestes, que la acariciaba, infundiéndole un cariño dulce y fuerte, como el perfume de la madre selva.

—¡Ven, entra en mi palacio y sé mi esposa! Jamás conocerás las tristezas de la vejez ni la amargura del desengaño; serás la hada de estos bosques y la ninfa perpetuamente hermosa de estos claros manantiales. Yo tengo para ti tesoros como no han podido soñar los hombres. Hay aquí dentro salones con alfombras de áureas arenas, más blandas que las plumas y más brillantes que las estrellas, con tapices de agua congelada formando labores caprichosísimas; grutas misteriosas que al amor convidan, lechos de mármoles y lagos con playas cubiertas de hongos, en cuyas soledades húmedas y calientes el espíritu se dilata y el amor se eterniza. ¡Ven, Julianita; tú has nacido para ser la reina de estos alcázares! Yo te vestiré de algas flotantes y te coronaré de nenúfares; pondré sobre tu cuello gargantillas de diamante y en tus cabellos polvo de oro y en tus brazos ajorcas de esmeraldas y serás dueña de todos los tesoros de que a montones dispongo. ¡Ven, Julianita!



La primavera está ya entonando nuestro cántico nupcial. La estrella ha salido y nos envía su resplandor dulcísimo desde la celeste altura; los árboles murmuran el cándido epitalamio con los besos de sus hojas; los manzanos floridos nos embriagan con sus perfumes; las vides nos saludan con sus pámpanos tiernos y hasta los castaños seculares agitan sus pajuelas amarillas, enviándonos el acre aroma de sus menudas flores. Allá dentro nos aguarda la dicha suprema, la grandeza libre, magnífica, de la tierra. ¡Ven, ven!

—¡No, que perderé mi alma!

—La has perdido ya... Yo te la robé con mi amor.

—No sé qué cosa es ésta que quema como el viento solano y marea como el andar por las alturas.

—Eso es amor.

—Amor que seca y que derrite el alma... El sol de agosto que desmenuza el heno. ¡Sea! ·

El duende se fué encogiéndose, encogiéndose, hasta quedar de la estatura de un niño; metió sus pies en el manantial, y tendiendo los brazos, asió a Julianita y con ella fué hundién-



dose, mientras la besaba, en el cieno del fondo del charquito, hasta que ambos desaparecieron en aquella profundidad desconocida.

El agua enturbiada se fué aclarando y los berros tronchados volvieron a flotar a impulsos de la corriente cristalina y fría, que siguió escapándose, con notas confusas, por la pendiente florida de la hondonada.



LA burra parda, cansada de esperar a Julianita, tiró las talegas de trigo al suelo y tomó la dirección de la querencia hacia el molino.

Como los sembrados verdes y las praderas cubiertas de pasto menudeaban que era una bendición de Dios, la burra se entretuvo, refocilándose buenamente, todo el tiempo que la necesidad y la gula le dejaron, y cuando ya bien entrada la noche se presentó en el molino, llevaba, sí, una panza inverosímil, pero no a Julianita ni a los costales de trigo.

Presintiendo una desgracia, los padres y deudos y aun enamorados de Julianita, salieron en demanda de sus huellas, y cuando, registrado el campo mata por mata, dieron con el olvidado ramo de flores silvestres, con los costales y aun con una auténtica prenda de la niña, al borde de aquel pérfido manantial, allí fueron los gritos y los clamores y allí las maldi-



ciones al duende impío, que habíase propuesto robar y seducir a las mejores mozas de la comarca.

Todo fué en vano; ni aun los exorcismos, tan recomendados en aquella época, produjeron resultado alguno: ni el manantial ni el duende devolvieron su presa, y en memoria de este hecho infausto llamaron a esa fuente «La Julianita», para perpetuar, de generación en generación, el nombre de la infortunada doncella y como aviso a todas las demás, para que siempre se abstengan de pasar por sitio tan peligroso y por trances tan terribles.



LA ZULEMA



**Ayuntamiento
de Huelva**

Archivo Municipal

COMO a unos quinientos pasos de Aracena y hacia la parte del mediodía, se encuentra una fuente que el pueblo designa con el nombre morisco que estas líneas encabeza.

La Zulema, situada en un paraje bastante solitario, deja oír los rumores de sus cristalinos chorros, cayendo en la blanca pila de mármol, con el ritmo eterno y melancólico de árabe canturía.

Un muro casi derruido ciñe y defiende de las injurias del ganado el espacio donde la fuente se halla situada.

Sobre el lienzo de muro que se alza, como espaldar de roca, tras de la fuente, y formado con azulejos de dorados cambiantes y relampagueos de ópalo, descubre el caminante una especie de cuadro, que representa, entre nubes y ángeles, la imagen de la Virgen.



Juan Hernandez
Aracena XVI



Ayuntamiento
de Huelva

Archivo Municipal

Un sucio y mezquino farolillo, alimentado por la piedad religiosa, lanza en la noche sus destellos rojizos y apagados, semejando su luz, entre las nieblas del invierno o los vapores de la fuente, lejana y solitaria estrella, desvanecida y titilante, en los senos inmensos del espacio.

Los vallados próximos, los claros arroyos que cruzan el paisaje y van a fecundar la tierra de las huertas, hinchada por la explosión de los gérmenes y empapada en los jugos de la savia que nutre al vegetal; las grietas de los riscos y los muros de las fuentes cúbrese de hierbas y de flores en la primavera; las trepadoras tienden sus ramas cargadas de campánulas azules, y el saúco ostenta sus ramos blancos, que hacen estremecer de envidia a la espinosa zarza, y hasta alguna atrevida madreselva va a mojar los flexibles filamentos de sus flores en la corriente que serpea entre juncos y entre riscos.

Esta fuente tiene su tradición.

Yo escuché el relato, sentado en el borde mismo de la pila.

El rumor del agua que, aprisionada en los caños, cae, espumosa y rápida, sobre la onda que llena con sus diáfanos pliegues



el breve espacio que los mármoles le dejan, ese rumor que contiene sonidos de cristales finísimos que se quiebran y choques de diamantes sobre tazas de oro, que a veces finge el alborozo de la risa y a veces semeja el sollozo apagado del lamento, acompañaba con su interminable cadencia la palabra del narrador.

Los últimos haces de luz, los arrojaba penosamente el sol, que se ocultaba, desde la cumbre del San Ginés.

El limo verde que llenaba el fondo de la fuente parecía una inmensa esmeralda.

Los azulejos del cuadro se animaban, como bebiendo la última luz del día, y los ángeles y la Virgen se destacaban en una atmósfera brillante, tal como debe ser la de la Gloria.



HACE ya muchos años, ¡muchos!, los moros construyeron una fortaleza en la cumbre misma del agudo y solitario monte que domina al pueblo de Aracena.

¡Y era buena fábrica la fábrica del castillo!

En vano el cristiano campeón llegó hasta el pie de sus murallas; en vano el ariete y la catapulta golpearon, con gigante choque de hierro y piedra, la sólida trabazón de los sillares.

Aquello no se conmovía ni agrietaba.

Parecía endurecerlo el soplo del desierto y la voluntad inmensa del Profeta.

Llegó a ser alcaide del castillo el fuerte entre los fuertes, el venturoso entre los venturosos, Mohamed-Ben-Abdallá-Ben-Elarbí.



Guerrero duro e indomable, de nervios de acero y de fantástica imaginación, poseía las dos cosas más agradables a los ojos de Alah.

Fuerza, constancia y odio profundísimo al cristiano y sumisión, fanatismo, delirio por el Profeta y su código religioso.

Santón de envidiable prestigio, era la gloria del califato. Su mismo ardor religioso le llevó a aquel castillo.

Lo que pudiéramos llamar disciplina, decaía en Córdoba y Sevilla de un modo lamentable.

Las ciencias, el lujo, el comercio, sobre todo, y los enervantes estímulos de las treguas, introducían tratos frecuentes con el enemigo; la espada se enmohecía y la religión se adulteraba.

¡Cuánto sufrió Mohamed aquellos días!

Pero consiguió ser nombrado alcaide del castillo a que nos referimos.

Llevó consigo a su bellísima e incomparable Zulema, la hija tierna y sensible de aquel tigre. ¡Contrastes misteriosos que ofrece la naturaleza!



Rodeó su camarín de lujo: pieles de leones africanos, alfombras de Stambul, pebeteros de Arabia, que lanzaban nubes azules cargadas de aromas; espejos de plata y lámparas de oro, cojines de seda, rellenos de plumón de pichones; esclavas negras como el ébano, guzlas de palmera y guembríes de cervatillos; cuanto se usaba en los retiros y refinamientos del harén.

Zulema era su única debilidad. La quería, la adoraba casi, casi tanto como a Alah; de seguro, tanto como al Profeta.



MOHAMED velaba mucho por temor al cristiano y no sabía que el cristiano estaba en la fortaleza, encerrado en el corazón de su hija.

Todas las tardes, cuando el sol se hundía tras de la altísima barrera de montañas que se escalonan al occidente, salía Zulema del castillo, con su fiel esclava, ambas envueltas en amplísimos jaiques, blancos como la nieve y finos como un cendal de vapores.

Descendían al llano por senderos abiertos en la caliza, a fuerza de hollar durante siglos, e iban a sentarse al pie de una gran roca rojiza, rodeada de matorrales.

Allí permanecían algunas horas; horas de ventura para Zulema y de sobresalto y congoja para la esclava.

Cuando la estrella crepuscular, solitaria y brillante como una lágrima perdida entre los esplendores del cielo, se elevaba



anunciando la llegada de las sombras nocturnas, se sentía un estremecimiento singular en los tallos de las altas hierbas y en las copas del matorral espeso; poco a poco, la espesura se entreabría y un guerrero gentil, cuyo pecho cruzaba moraba banda, caía a los pies de la hermosísima Zulema.

¡Era un cristiano!

La música del viento en el ramaje, el son de las «chirimías», el canto religioso del Mudden, que desde el castillo llamaba a la última oración del día; el sonido aflautado y triste del sapo, que cantaba entre los juncos y espadañas de la laguna, y el rumor sordo, confuso e indeterminado de los árboles, que parecen conversar antes de que la luz se acabe, acompañaban con salvaje armonía el arrullo de los amantes.

El, cristiano, jugaba su cabeza al presentarse en aquel sitio.

Ella, mora, jugaba su vida y perdía su alma al entregarse a su insensata pasión por un enemigo de su fe y de su raza.

Y, a pesar del peligro, estaban contentísimos.



UNA noche, Mohamed sintió en la cámara desnuda y fría una persona que recataba sus pasos.

Tiró del alfanje, asió con un salto de tigre al infeliz que entraba y oyó que con voz temblorosa le decía:

—Por Dios, que es solo vencedor, suéltame.

Soltó Mohamed la presa.

—Habla.

—Es cosa de tal magnitud, que no me atrevo a confiarla al aire que nos rodea; sólo en tu oído dejaré caer la palabra.

—Sea; pero, por Dios, que es solo vencedor, te juro que lo deseo vivamente.

Acercó el santón su oído, habló en él el soldado, y a los pocos instantes se enderezó el primero.



Su mirada iluminaba con fosforescencia singular aquella cámara; se oía el temblor de sus quijadas secas, y una especie de hipo, mitad risa, mitad rugido, se escapaba de su pecho.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¿Lo has visto con tus ojos y me lo has dicho con tu lengua?

—Por el nombre de Dios, tres veces vencedor y grande, te lo juro.

—Espera.

El soldado esperó; la recompensa estaba próxima: tal vez una parte de los tesoros del *santo*.

Oro, pedrería, libertad, honores; acaso la guardia del castillo.

Entraron dos soldados con Mohamed.

Ataron al delator de pies y manos.

Una roja claridad iluminaba el rostro de aquel desdichado musulmán.



Cuando todo estuvo listo, uno de los soldados, armado de un hierro candente, se acercó; la víctima se incorporó rugiendo; el operador, con gran maestría, aplicó el hierro ardiendo a las pupilas; un olor acre y nauseabundo se extendió en la cámara, dos gritos de fiera se escucharon y un hombre ciego se revolcó por el pavimento de azulejos.

Sin hacer caso de aquel dolor, los dos verdugos estrujaron con sus manos el cuello de la víctima.

Su rostro se tornó negro con tonos verdosos; por un movimiento convulsivo abrió la boca, y su lengua, seca y dura como la cola de una sierpe, salió como un cuerpo que se expulsa.

De un rápido corte la lengua que colgaba cayó al suelo.

Como hábiles cirujanos cauterizaron aquella herida, y el pobre musulmán, yerto, vencido por el dolor y la impotencia, quedó en la cámara, iluminado por el siniestro fuego del hornillo.



Cuando estuvieron solos, Mohamed se inclinó hasta tocar con sus labios los oídos del soldado.

—Tus ojos vieron y tu lengua habló. ¡Dios es grande!
Ya ni verán tus ojos ni hablará tu lengua.



EL sol se hundía; los pájaros buscaban el reposo de sus nidos; el sapo entonaba sus aflautados cánticos entre los juncos de la laguna; los árboles murmuraban el canto de despedida a la luz y la estrella crepuscular se alzaba como una lágrima en los azules espacios.

Zulema y el cristiano de morada banda hablaban de sus amores.

La esclava soñaba con los esplendores de su abrasado país.

Era menester separarse: no se verían en algún tiempo; la guerra reclamaba al cristiano.

Este entregó a Zulema la banda que cruzaba airoosamente su pecho y la cruz de oro que de su cuello pendía.

Zulema era ya cristiana; su bautismo fué de amor.



Lágrimas amarguísimas cayeron sobre la roca roja.

El cristiano se desprendió de aquellos brazos ebúrneos que le aprisionaban y, rompiendo la espesura, huyó de aquel lugar como un loco.

—¡La Virgen Santísima te acompañe y defienda!—le gritó Zulema.

Y como si aquel grito fuese la señal dada al infierno, el mismo satán, en alto el alfanje, erizado el cabello, fulgurante sus ojos, apareció en el lomo de la roca.

De un tajo colosal voló como una piedra la cabeza de la esclava; la sangre salpicó la banda y la cruz que oprimía Zulema, y Mohamed, riéndose como las hienas africanas, asió el cuello de marfil de la doncella.

Esta besó la cruz, inclinó la cabeza y se dispuso a morir.

Al siguiente día, los cuervos y los buitres caían sobre el lugar donde la roca roja se alzaba.

El cadáver de la negra les atraía.

Al pie de aquel risco se veía una cosa espantable que hacía temblar



sobre aquella roca, trono de sus amores, y vuelve a la fuente con las primeras luces del alba.

Es la sombra de Zulema que se levanta buscando al cristiano y adora a la Virgen, su Patrona.

A veces, se escuchan voces indefinibles, llamamientos apasionados, oraciones confusas, que el campesino confunde con el ruido de los caños cayendo sobre la marmórea taza.

Es la voz de Zulema que ora y gime, eternamente infeliz y eternamente amorosa.



ÍNDICE



**Ayuntamiento
de Huelva**

Archivo Municipal

	<u>PÁG.</u>
PRÓLOGO	9
EL CRISTO DE LA PLAZA	21
LA JULIANITA	41
LA ZULEMA	59



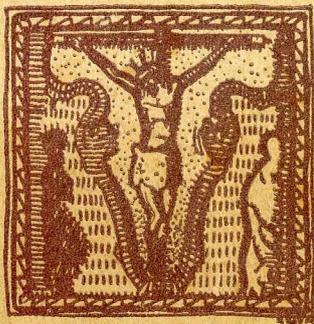


ESTE LIBRO,
MANDADO HACER POR LOS
SEÑORES DON JAVIER, DON MANUEL
Y DON MIGUEL SÁNCHEZDALP Y MARAÑÓN,
FUÉ COMPUESTO Y ESTAMPADO EN LA
OFICINA DE IMPRENTA DE LA
CASA VELAZQUEZ, DE SEVILLA,
ACABÁNDOSE LA VÍSPERA DE
LA NATIVIDAD DE NUESTRO
SEÑOR JESUCRISTO
DEL AÑO MIL Y
NOVECIENTOS
VEINTISÉIS.
A DIOS GRACIAS



**Ayuntamiento
de Huelva**

Archivo Municipal



Ayuntamiento
TRES PESETAS Huelva

Archivo Municipal